

Prof. Dr. JOSE E. MUÑOZ—Químico
Ex-Profesor de las Universidades de Quito y
Loja.—Miembro Correspondiente de la Casa
de la Cultura Ecuatoriana; del "Ateneo de "El
Salvador"; del Círculo de la Prensa; del Insti-
tuto Ecuatoriano de Cultura Hispánica, etc.

Apuntes para la Historia de la Far- macia en el Ecuador

"EL RETORNO A LO ANTIGUO ES UN PROGRESO"
G. VERDI.

I PARTE

LA CIENCIA MEDICA Y FARMACEUTICA PREHISTORICA

Médicos y Herbolarios indígenas antes de la Conquista

El arte de curar las enfermedades aparece con el hombre, éste, víctima de las inclemencias de la Naturaleza, del ataque de las fieras, o después de las luchas sostenidas con sus semejantes, siente su organismo alterado o su cuerpo cubierto de heridas.

Actualmente las tribus salvajes que viven en las profundidades impenetrables de las selvas de América o de Africa, practican esa medicina primitiva, instintiva o inductiva —si así se la quiere llamar— y que ha sido el origen y fuente de las Ciencias Médicas contemporáneas, tan llenas hoy de prodigiosas conquistas, que

son otras tantas y nobles armas para luchar contra la enfermedad y la muerte.

El médico primitivo es, al mismo tiempo herbolario y farmacéutico, sin saber, ni conocer siquiera la palabra, ni su significación; y así, al mismo tiempo que diagnostica y distingue la enfermedad, aplica el remedio.

Pero no siempre el médico procede en este sentido natural y simplista. Impotente, muchas veces, para encontrar el mal, su causa y su remedio, rinde su ignorancia a los poderes sobrenaturales y hace a éstos responsables del mal, por lo que, agotados sus recursos naturales, acude al exorcismo, a los sacrificios aplacadores de la ira de los espíritus o de los dioses, o invoca un espíritu de superior poder que contrarreste la mala influencia que él —inútilmente— está combatiendo. En otros casos aplica una terapéutica combinada: natural (con sus hierbas) y sobrenatural (con sus exorcismos, mágicos y sacrificios) con lo cual cree proceder con acierto e infalible eficacia.

Las primitivas culturas

Estas primitivas ideas, no pudieron ser —ni lo fueron— extrañas al hombre de América, y las sucesivas migraciones de otros continentes, trajeron consigo sus propias ideas, cultos, costumbres y medicinas.

No siendo del caso, ni el lugar para hacer una revisión detallada de esos sucesos, que se pierden en el oscuro e intrincado dedalo de la prehistoria americana, hemos de referirnos, simplemente y sumariamente, a lo que sucedió en el territorio ecuatoriano; o sea la estratificación etnográfica de razas y culturas, cuyo origen, muchos autores, las colocan y hacen remontar al continente asiático, al archipiélago melanesio, y al casi continente australiano, a través del Estrecho de Behring, sin que por eso dejen de asomar pruebas evidentes de migraciones venidas por el Atlántico.

Todos esos elementos etnográficos, se incorporan a los núcleos autóctonos: se refunden o desaparecen, y sólo deja vestigios de su existencia, en inscripciones, artefactos primitivos que recuerdan con mayor o menor

aproximación, lo que los historiadores modernos han podido encontrar en los pueblos cuya verdadera historia conocemos.

Los estratos etnográficos.

La primitiva población de la América del Sur vino de la cuenca amazónica, llegando del Asia y del Mar Caribe. La raza puruhá que pobló primitivamente nuestras actuales provincias de Tungurahua y Chimborazo, tuvo su estrato etnográfico en los bosques amazónicos (1) otras secciones del territorio ecuatoriano sufrieron la influencia de las razas centro-americanas que se vertieron desde las costas colombianas que miran al Mar Caribe, hasta nuestras costas de Esmeraldas y la altiplanicie andina. Luego, en los comienzos de la prehistoria aparecen los Caras desembarcando en Bahía de Caráquez y avanzando hasta Quito en el siglo X, fundando la ciudad y el reino sobre los restos de un pueblo al que vencieron, para sufrir luego, la misma suerte, frente a los Incas conquistadores y dueños de una más alta cultura que, empezando por su idioma, impuesto a los diversos pueblos que iban sometiendo, llega hasta los conocimientos astronómicos, médicos, quirúrgicos y técnicos que asombraron a los primeros conquistadores españoles venidos en el siglo XVI.

La cultura incásica nacida a orillas del Lago Titicaca, se extendió pronto y cubre un inmenso territorio; funda el Imperio del Tahuantinsuyo, con su capital el Cuzco, y de allí se expande su influencia por los ámbitos de esa gran porción de la América del Sur, en la que estaba comprendido nuestro actual Ecuador.

La organización social del Incario.

La organización social impuesta por el Inca, encontraron los Conquistadores, digna de admiración y estudio. Comprendía el Emperador o Inca Hijo del Sol, que la presidía por derecho propio e inalienable; luego venían los "**Amautas**" o nobles del Imperio, casta elegida que

(1)—G. Arcos.—La Medicina en el Ecuador.—Quito, 1933.

poseía conocimientos científicos y sabía interpretar los **"quipos"** (cordones de nudos y colores diferentes que compendaban los hechos notables); cantaban las glorias y hechos guerreros; eran además los médicos, sacerdotes y astrónomos; después seguían, en categoría, los guerreros, y en fin venía el pueblo.

El **amauta** siendo sacerdote, astrónomo y vidente, es al mismo tiempo el médico y como tal posee los secretos de las hierbas y de los animales. Su dominio y su ciencia sólo lo comparte restringidamente con el cirujano.

Ocampacc y Villca-cama.

El médico era distinguido con el nombre de **"Ocampacc"** y el cirujano, con el de **"Villca-cama"**; a este le correspondía practicar determinadas intervenciones como castrar a los eunucos encargados de vigilar a las vírgenes del Sol y a las mujeres del Inca, reducir los cráneos, mutilar a los prisioneros de guerra, trepanar los cráneos y extraer las muelas. Con esta última ocupación toma contacto con lo que también en Europa, a la época del descubrimiento de América (1492), correspondía a los **"bárbaros"** y **"sangradores"**, profesiones, tan **en boga en el Antiguo Mundo, en el que no faltaron** tampoco los **"bizmadores"** o **"algebristas"**, especializados en fracturas o luxaciones, los **tallistas"**, expertos en la extracción de cálculos biliares y los **"ensalmadores"** a quienes se recurría cuando, por otros medios, no se podía alejar un mal y pretendían que con sus ensalmos, plegarias, cábalas y amuletos, sanaban enfermos deshauciados por médicos. Es decir, en la Europa culta del siglo XV y XVI, tampoco faltó lo que abundaba entre los aborígenes americanos, confirmando así lo dicho al empezar estas líneas.

El Dios de la Salud.

El **"amauta"** iniciado, se dedicaba a estudiar los secretos de las plantas y animales. Antes de iniciar un tratamiento, o en casos aflictivos de epidemias, hacía una invocación al Dios de la Salud **"Bachacamac"**, en los siguientes términos: "Oh! Hacedor, que estás en los ci-

mientos y principios del mundo hasta en los fines de él; poderoso, rico, misericordioso, que distes ser y valor a los hombres y con decir: sea este hombre y ésta sea mujer, hiciste, formastes y pintásteis a los hombres y a las mujeres; a todos éstos quisisteis y disteis ser, guárdolos y vivan sanos y salvos sin peligro y en paz. A donde están? Por ventura en lo alto del cielo y en las nubes y nublados o en los abismos? Oyeme y respóndeme y concédeme lo que pido: Danos perpetua vida para siempre; ténnos de tu mano; y esta ofrenda recíbela a donde quiera que estuvieres, oh Hacedor!

Como todo pueblo primitivo, el hombre de América fué también panteísta, como seguramente lo fueron los incas. Más éstos desembocaron en una religión heliolátrica, cuyo supremo poder y representación fueron el Sol o **Inti** y **Pachacamac**, el Dios de la Salud. Al lado de estas divinidades poderosas, estaban también los dioses o divinidades menores y a las cuales se rendía culto, en su mayor parte dirigido a obtener bienes o a alejar los peligros.

Así, pues, aquí como en otras viejas civilizaciones, lo sobrenatural influye en las curaciones y a veces las substituye o supera.

La Medicina es aquí, en sus comienzos, como en todas partes, un arte en que se mezclan grandes dosis de superstición, de brujería y de ideas conectadas a deducciones de influencias naturales, más o menos claras.

El mismo culto fálico de los griegos, tiene una réplica en el Incario, con el culto del ídolo "**Ishrmana**", al que varias tribus le atribuían gran poder para la curación de las vías urinaarias y era el dispensador de numerosas proles (2).

Por los restos arqueológicos encontrados en la Isla Santa Clara, frente a las costas de Manabí (Ecuador), se cree que las primitivas tribus adoraban una divinidad dispensadora de la salud, pues, en el templo a ella consagrado, se encontraron ex-votos representando brazos, piernas, pechos de mujer, etc.

(2)—González Suárez.—Historia General de la República del Ecuador.

El P. Bernabé Cobo, en su Historia del Nuevo Mundo, señala además el hecho de que las "**Huacas**" o entierros que existían en muchas partes, eran veneradas implorando ante ellas por la salud del Inca o de los viajeros que penetraban en la Cordillera de los Andes. Tampoco faltaron las divinidades tutelares, para cada familia o para cada tribu. Se las denominaba "**Huasicamayoc**", que significa justamente cuidadores o protectores de la casa, y eran representados en oro o barro y se llevaban colgados al pecho, para preservarse de enfermedades, y las mujeres en cinta, especialmente, las usaban para conseguir un feliz alumbramiento.

Estas ideas y supersticiones, aún se conservan en ciertas parcialidades indígenas, si bien un poco modificadas e influenciadas por la religión católica, y no es raro aún, encontrar gentes del pueblo buscando con ansia, la llamada "piedra del águila", que dicen, cura instantáneamente las hemorragias.

Mas al lado de estas quimeras se desarrolló también el espíritu de observación del hombre primitivo y, ya consagrada socialmente una clase pensante y prevenida de influencia cultural, a ella refluye todo el conocimiento adquirido a través de todo el largo proceso de elaboración inductiva.

Por eso el **Amauta** médico sabe de las virtudes medicinales de las plantas y, en no pocas veces, a la administración de éstas, bajo forma de cocimientos, extractos o emplastos, une también la magia, la plegaria o el conjuro a los espíritus bien hechos y a **Pachacamac** especialmente.

Entonces, como para el resto del Mundo y para los orígenes de toda civilización, el amauta, siendo sacerdote, es al mismo tiempo también médico y farmacéutico; por consiguiente, es él quien conoce, administra y vende las primitivas drogas extraídas de la asombrosa flora americana.

Pero no por eso hay que creer que conocían exclusivamente, el valor terapéutico de los vegetales (y aún de una rudimentaria, cuanto hormonoterapia, sobre la cual y sobre los animales en la Medicina, volveremos a

su debido tiempo), sino también ya observaron el valor de la dieta y del aislamiento; en casos de epidemias.

Más aún en cirugía, los cráneos hallados en excavaciones arqueológicas, nos está probando la técnica admirable que empleaban los Incas, para la trepanación del cráneo. Como instrumento para esta delicada operación, se servían de los "tumis", instrumento hecho de sílex durísima (3) o de oro, cobre o bronce, como los descritos por los doctores Muñiz y Rivet. Quizás esta operación marca la máxima habilidad quirúrgica inca y su motivo ha sido muy discutido por autores de tanta capacidad como Ameghino.

Pero aquí debió, indispensablemente, intervenir una anestesia que hiciera soportable el dolor de la larga y laboriosa operación. Para ello se prestaría, indudablemente, la coca (Eritroxilon coca) llamada en quichua "hayo", y muchas especies de plantas solanáceas, de efectos somníferos.

Valiéndose de esas mismas plantas fué que, seguramente, lograron también practicar las orificaciones dentarias, encontradas en cráneos aborígenes.

Por otra parte, como anota el doctor Eduardo Escobel, médico peruano, los incas conocieron ya una técnica para aislar la cocaína, por medio de la cal viva y el carbonato potásico de las cenizas.

Augures y Herbolarios.

Omitimos por brevedad y concisión del tema, las prácticas idolátricas, en que se mezclaban los sacrificios humanos (casi siempre de niños) y los conjuros a los espíritus y divinidades, practicadas aún como simples homenajes o en celebración de acontecimientos de la vida humana. Las viejas relaciones y crónicas de los primeros españoles que pisaron estas tierras de los Andes, están llenas de esos prolijos y fantásticos relatos.

Sin embargo por las reminiscencias y analogía estrechísima entre culturas y creencias tan alejadas, en el tiempo y el espacio, diremos que, también entre los in-

(3)—La llamada vidrio de volcanes que se presenta en colores, negro, azul y blanco grisáceo.

cas existieron y florecieron en gran predicamento los augures o "**Pichiuricuc**", que predecían el porvenir en el vuelo de los pájaros, tal como los augures romanos; los **Mosccc**, adivinos de los más profundos secretos de las personas, y los **Paccharicuc**, que adivinaban el porvenir leyéndolo en las patas de arañas. Hasta hoy superviven estas creencias y prácticas, entre los indios de muchas regiones ecuatorianas, poco accesibles a la civilización, así como persisten iguales ideas en ciertas regiones de Hungría, Rumania, el Cáucaso, etc., en Europa; y tanto aquí como allá son frecuentes los casos en que la Policía interviene contra esos falsos brujos, magos y curanderos, cuya presencia hoy día, no es rara en las plazas y mercados de las ciudades.

Pero ahora llegamos a lo más importante de nuestra visión retrospectiva: la botánica médica de los Incas.

Fué inmensa pérdida para la Ciencia, la desaparición de datos auténticos y el exterminio de la raza indígena que sucedió al tiempo de la Conquista española. Quizás ese mismo exterminio reconoció como una de sus causas, el instinto de defensa, para alejar de su contacto a quienes podían perjudicarles en su salud o en sus mismas empresas, con la administración de hierbas, venenos y drogas desconocidas y por lo mismo más terribles. Mas, ni esto les libró por completo, sino que más bien tuvo por resultado dejar perdidos conocimientos que, siglos más tarde y a fuerza de gran trabajo, se pudieron rehacer o que todavía son un misterio para la Ciencia.

La Ciencia de los Amautas, médicos y envenenadores.

Los **amautas** —sacerdotes y médicos— fueron los elaboradores y depositarios de los secretos botánicos de la riquísima flora.

Pero aparte de ellos, y a su sombra prosperaron también los "**Camascas**" o envenenadores, quienes se decían inspirados por el dios del trueno o el demonio que les había enseñado los secretos de la selva y el modo de administrar las drogas, en lo cual no siempre anduvo, como fin principal, la curación de los males, sino

la venganza y hasta el vicio, nacido éste quizás, como en todo conglomerado humano, de un deseo o necesidad de escapar a las crudas realidades de la vida, o a satisfacer un placer, aún a costa de la salud, a lo cual es tan proclive la humana naturaleza. Pruebas de esto último tenemos aún hoy día, con el uso del **"aya-huasca"**, de la que nos ocuparemos con la debida oportunidad.

Las relaciones de Molina (4) ponen un énfasis especial en describir la habilidad de los **"camascas"** como envenenadores. Estos técnicos en el crimen poseían los secretos de los venenos y contra-venenos, cuyos poderes, a veces los conocía el pueblo; otras veces eran patrimonios de una tribu o familia; y en no raras ocasiones de un individuo que, al morir, llevaba su secreto a la tumba, o lo devolvía al diablo (**"Supay"**) que lo enseñó.

De no haber desaparecido la tradición, qué de historias de venganzas y crímenes cumplidos entre los incas hubiésemos sabido hoy, y cuántas drogas hubiesen sido estudiadas e incorporadas al arsenal de la Química contemporánea! Recordemos no más que es del siglo pasado que empezó a revelarse el misterio del **"Curare"** de las selvas orientales amazónicas.

Mas parece que no fué este solo el mortal veneno de las flechas que debían buscarlo en las lejanas selvas. Las relaciones antiguas hablan con mucha precisión de otro empleado por los indios de la altiplanicie y así mismo de acción violentísima y que persistía en el cuerpo del difunto al extremo que, si se cortaba un brazo o una pierna y se la dejaba secar al aire, fuera de la acción directa de los rayos del sol, y después de algunos días se introducían, en esos músculos secos, las puntas de flechas nuevas, éstas quedaban impregnadas del mortal veneno.

El Cronista Herrera, en su **Historia de las Indias** y el Inca Garcilaso (II Parte de los Comentarios Reales), describen escenas impresionantes de muertes y el cuadro sintomático de tóxicos, lo mismo que también dejan

(4)—Molina.—Relación de las Fábulas y ritos de los Ingas.

constancia del conocimiento que tenían los indígenas, de los contravenenos.

La ciencia herbolaria indiana, en muchas ocasiones, se asociaba a la zoología, aprovechando de ésta, especialmente los reptiles y los arácnidos, cuyas secreciones, mezcladas a los tóxicos vegetales, producían tremendos efectos. Así, por ejemplo, empleaban con frecuencia, el terrible tóxico llamado "**irruqui-aliburqui**" que, lo obtenían del vientre de unas enormes hormigas negras con manchas amarillas. Las cogían envolviéndolas con algodón, las arrancaban el vientre que lo echaban en agua hirviendo: dejaban enfriar y recogían el veneno que estaba constituido por una especie de velo pastoso que sobrenadaba en el líquido; lo guardaban en pequeños tubos o canutos cilíndricos hechos con tibias o fémures de tigre o de mono, y así lo llevaban consigo en sus viajes o para sus combates.

Hoy día aún se ven llegar indios de la Región Oriental portando, misteriosamente, canutos llenos del mortal veneno llamado "**Ticuna**" que paraliza los centros nerviosos respiratorios. Es de consistencia pastosa y de color pardo con visos verdosos. No se conoce de qué planta o plantas procede. Puede que sea de alguna Stricnea de las que se obtiene el Curare, o quizás de alguna Solanácea.

Eran así mismo conocidas, de tiempo inmemorial, las propiedades de los diversos géneros de "**barbasco**" o timbós, utilizados no solo para la pesca, sino también como venenos usados con fines de venganza. (5) Es de recién que se conoce el cuerpo químico responsable de su actividad (la rotenona y sus homólogos) y el modo de actuar de estos cuerpos.

La lista de tóxicos podría alargarse indefinidamente, y a lo dicho bástenos agregar el conocimiento y administración que hacían los "**camascas**", de muchas especies del Género Datura, tan abundante en este país. Y lo que es más: sabían graduar desde la simple acción narcótica, hasta la tóxica mortal y violenta, pasando

(5)—En 1932 nos tocó intervenir en una investigación criminal, en la que un padre envenenó a sus pequeños hijos con "barbasco".

por los estados paroxísticos de delirios, alucinaciones, etc., como se leen en las numerosas relaciones antiguas, y en muchos protocolos criminales modernos, en los que el papel decisivo, en manos expertas de indios todavía poseedores de esos antiguos secretos, jugó la temible droga —el "chamico"— (*Datura tatula*), en dramas de odio o de amor, cuando en este último caso, no habían dado resultados las drogas afrodisíacas que, como el famoso "**cuchucho**" —afrodisíaco tremendo—, el "**huanarpo**" (una euforbiácea) o el "**chahuarmishqui**" (miel del *Agave americana*) producían —y producen— la excitación amorosa, que bien supieron despertarla las enamoradas indias de los blancos, en los primeros tiempos de la Conquista y la Colonización españolas.

Narcóticos.

Mas no se crea que la ciencia botánica-farmacéutica oborigen, se limitaba a estas especulaciones colocadas en la peligrosa línea divisoria entre el crimen y la necesidad.

Fueron así mismo muy conocedores de los narcóticos usados sea con fines medicinales o toxicomaniacos, como era el caso del famoso "**Taculi**" (*Pernettya parvifolia*), cuyos frutos ingeridos sume al individuo en un profundo letargo, la ya citada "**aya-huasca**" (*Banisteria Caapi*) que, según modernas investigaciones, produce un debilitamiento de la conciencia, con pérdida de la noción del tiempo y provoca alucinaciones (6), el matico del Perú (*Pipper angustifolium*) el **saire** (*Nicotiana paniculata*), el "**chimbalo**" (*Solanum caripensi*), usado todavía con mucha frecuencia para reforzar la acción embriagadora de la **chicha**, y por este orden muchas otras especies no descritas, ni conocidas quizás por la Botánica moderna.

Medicamentos.

Y ahora viene el capítulo interesantísimo de los medicamentos.

(6)—Para más detalles sobre la "aya-huasca" o "yagé", ver el estudio de Guy de Lavalade.—Rev. da Soc. Brasil. de Química.—Nº 3, Vol. XIV 1945.

La estupenda flora de todos los climas de América y de este País, el Ecuador, suministró y sigue suministrando hoy, a pesar de los avances de la Química Orgánica y de la Bioquímica, materiales preciosos e insustituibles para la Farmacopea y la Terapéutica.

Por lo tanto nada de raro tiene que los aborígenes ecuatorianos hayan sido expertos y profundos conocedores de las cualidades medicinales de las plantas de todas las regiones y latitudes del País.

Y si solo nos refiriéramos, como punto general a la contribución americana, a la Farmacopea, desde el mismo día del Descubrimiento, tenemos que admitir que, empezando por el tabaco, cuyo uso como maravillosa medicina tuvo tanta boga y tantos propagandistas, la contribución no ha terminado todavía, sino que al contrario, van apareciendo nuevos productos de innegable valor.

El "Guayacán" o "palo santo" (*Guayacum officinalis*) y la Zarparrilla (*Smilax sp.*) fueron de las primeras contribuciones ecuatorianas a la Medicina y a la Farmacia universales, gracias al uso que los primeros conquistadores españoles aprendieron de los indios, para curar las "bubas" (sífilis), los reumatismos y las fiebres. En efecto, siglos más tarde se vino en conocimiento de que el "palo santo" o guayacán, contiene una resina, la "gayasaponina", un ácido, el "gaysarogénico" y una esencia constituida principalmente por ácido benzoico, alcohol guayacólico y un sesquiterpeno no identificado todavía.

En las "**Relaciones de la Cibad de Sant Francisco del Quito**", hechas en 1573 por autor anónimo, a 81 años del Descubrimiento y a 49 de la fundación de Quito, se lee lo siguiente: a propósito de la incidencia sifilítica y la aplicación de la zarzaparrilla (otro medicamento precioso usado con los mismos fines) y el guayacán o "palo santo" o "palo de las Indias". "24.—"Las enfermedades son las "bubas", de las cuales participan algunos españoles poco recatados de la comunicación con mujeres naturales, las cuales de ordinario, heredan desde el vientre de sus madres".—25.—"La medicina más usada y provechosa es la zarzaparrilla y el palo lla-

mado "**guayacán**" o "**palo de las Indias**". Han hecho maravillosos efectos, para curar dichas enfermedades, unas píldoras hechas con cocimiento de zarzaparrilla, aceite, mirra y azafrán. El modo de curar con la zarzaparrilla es, bebiendo el zumo, cuando es fresca, o cocimiento siendo seca, de manera que por sudores se expelle el mal".

Y Herrera describe así el uso del "**palo santo**", para el tratamiento de las fiebres, y en el cual se incluye hasta la dieta que ha de observar el paciente: "Púrgase el doliente con píldoras de regimiento que creo llaman "**fumus terrae**", las cuales se toman pasada la media noche, e después que ha purgado come un aye y bebe un poco de vino muy aguado y desde ha dos días que esto ha hecho echase en la cama y entre tanto come templadamente y de buenas aves pollas. E así echado en la cama, ya ha de estar hecha el agua de palo santo la cual se hace de esta manera: Tomar un pedazo de palo e picándole menudo quanto pudiera ser y poner en una olla nueva libra y media del palo así picado con tres azumbres de agua; y ponerlo en remojo prima noche hasta otro día de mañana, y en seyendo de día quanto hasta que el agua ha menguado la tercia parte y entonces toma el paciente una escudilla de aquella agua así cocida e tan caliente como pudiera soportar, y después que la ha bebido cúbrese muy bien e suda una hora o dos". Y mas adelante dice: "Los que tienen llagas, lavándolas con un paño y después de exuntas tornar a untar la llaga con la espuma que hace el agua en el cocimiento, que tienen recogida para ello, ponerle sus hilas blancas e no de camisa de mujer.—E sanar de llagas (que por cierto yo las he visto sanar desta forma) tales que se tienen ya por incurables, por muy viejas e muy enconadas e denegridas, que ya parecían mas de especie de cáncer o de Sanct Lacaro, que otra cosa. Para mi opinión yo tengo por muy sanct cosa esta medicina deste árbol o palo sancto, que dicen".

Las virtudes de la zarzaparrilla les fueron comunicadas, a los españoles, por los indígenas, que tenían en gran predicamento a la planta, al extremo de que, la divinizaron y erigieron un templo en su honor; en la Isla

de Puná (en la desembocadura del Río Guayas), en donde ofrecían sacrificios y ofrendas de oro y plata.

Los Huancavilcas, tribu aborigen de la Provincia del Guayas, y a quienes no pudieron someter los Emperadores Incas) dice Modesto Chávez Franco (7) "eran médicos afamados y su farmacopea vegetal, animal y mineral extensa y combinadísima y de resultados tan eficaces que, hoy mismo estamos asistiendo a una resurrección de sus aplicaciones en las nuevas formas con que la ciencia las descubrió. Basta recordar de las maravillosas curaciones de los Perdomo, los Sánchez, los Guerrero y otros; basta saber que el remedio del cáncer existió aquí y se perdió; que el del "grano de oro", existía en manos de una montubia en Palenque, el de mordedura de ofidios era efectivo secreto de los campesinos ya extinguidos; que Perdomo extirpaba tumores y bocios **sin efusión de sangre**, que extirpaba tenia y extraía dientes con sólo poner en la lengua o en el diente un polvillo: que mil testimonios andan en viejos libros coloniales y hoy mismo en boca de campesinos y gente del pueblo humilde, sin asomo de brujería. Y bástenos que somos los dueños de la cascarilla, la quinaquina, el sazafrán, el ají, el higuierón, el paico, la zarzaparrilla, la ipecacuana, el algarrobo, el tanino, el tabaco, el palo santo, el bejuco zamora, el guuco, la ratania, la canchagua, la canafístola (8) y millares y millares de plantas, raíces, gomas que llenan ya volúmenes en los diccionarios y que todavía —Dios lo quiera para bien del futuro— están por reivindicarse sus antes burladas virtudes otros millares de cosas y coliciones tenidas antes, por hijas de la ignorancia o la superstición. Ya está en estudio la maravillosa liana ayahuasca (Banisteria caapi) que será la última palabra, el ideal de la anestesia consciente, sin paralización, ni consecuencias ingratas. Y quién se ha ocupado del maravilloso "matecllu" cuyos prodigios relata Garcilaso, para todas y las más graves fecciones de la vista? Y del maravilloso **Arbol de la**

(7)—Crónicas del Guayaquil antiguo.—Tomo I. 1944.

(8)—Se han empezado estudios sobre esta planta, en los Laboratorios "Life" de Quito.

Cruz?" Y ya que hemos mencionado el "guaco", planta que extiende su habitat por las regiones tropicales de los Países al Oeste de Sud-América; bueno será decir algo, respecto de ella, para conocimiento, especialmente de los lectores extranjeros, que alguna vez lleguen a ver estas líneas.

En el Archivo de Indias de Sevilla y en el de Bogotá, seguramente, existe el Manuscrito con la "Relación que hace Don Pedro Fernández de Vargas, Corregidor del pueblo de Zipaquirá, sobre la Descripción, uso y virtudes de la yerba llamada "Guaco", con informe de la Real Botica", documento que data de 1790.

En éste se dá la descripción botánica, bastante aproximada de la planta, la misma que a falta de otra moderna (que no la conocemos hasta la fecha), consideramos muy interesante. Dice así: "la raíz es fibrosa y se extiende en todo sentido. El tallo trepador o vejuco-so es redondo cuando joven, y de cinco ángulos cuando viejo, poblado de hojas opuestas acorazonadas, verdes, entremezcladas de morado, cuando la planta es tierna, y de un verde oscuro cuando ha llegado a su perfecta sazón, lisas por debajo, ásperas por encima y con cabillos. Las flores colocadas en cimero, son amarillas, flo-culosas, con cuatro flósculos en cada cáliz común o ca-pullo.—Dentro de la roseta embudada y de cinco hen-diduras, se hallan cinco estambres unidos por las ante-nas o barbillas en forma de cilindro que abraza el pun-tero o estilo del germen, que tiene el estigma escotado profundamente y encima varias ramillas algo largas, dotadas de un vilano cardoso".

Y a continuación describe las pruebas a que se so-metió, tanto el mismo informante, cuanto también otras personas serias y un esclavo de Fernández de Vargas, para comprobar que con el zumo de esa planta, se po-día manejar impunemente las culebras; que haciendo penetrar ese mismo jugo vegetal, por cortes practicados en los espacios interdigitales de los pies y las manos, se adquiriría una inmunidad, más o menos larga, con lo cual o no se atrevían a picar las culebras, o si, lo hacían, su veneno quedaba sin acción, o por lo menos el herido se curaba pronto, bebiendo el mismo zumo del "guaco" y

en fin que donde se criaba esa planta eran raras las muertes por picaduras de culebras.

Verdaderamente es lastimoso que no se hayan comprobado modernamente estos informes, que por la forma cómo están emitidos y la calidad de los testigos, nos hacen inclinar muy favorablemente hacia sus virtudes, que ya quisiéramos que puestas en manos de la Ciencia contemporánea, vengan a servir de arma eficaz, para la lucha contra esa plaga.

Y con respecto a la "cañafístola", no habrá más que recordar que, fué de las drogas favoritas de la época —y hasta entrado el siglo XX— para combatir muchos males.

El mayor uso se hizo como laxante y purgante y se prescribía como preámbulo para el tratamiento posterior de enfermedades del hígado, riñones, sarampión, viruelas, "mal de madre", "pasma", etc., etc.

Adquirió cartas de privilegiada naturalización en la Farmacopea y en la Medicina del siglo XVI. Uno de los principales propagandistas de la "cañafístola" fué Fray Agustín de Farfán, Médico que residió en México, donde escribió un "Tratado de Medicina", que fué obra clásica, especialmente para la América, obra de la cual se hicieron algunas ediciones.

En las láminas adjuntas se reproduce la portada del célebre Tratado, y la página en donde se trata de la "Cañafístola" y algunas de las formas de preparar medicamentos con ella:

Y pasemos ahora al medicamento de indiscutible origen ecuatoriano y aplicación multiseular: la Quina (o como dicen con tanta impropiedad ahora los americanos. y los otros: Cinchona).

Las propiedades anti-maláricas y febrífugas de la Quina ya fueron conocidas por los Incas, mucho antes de la llegada de los Españoles al Ecuador. Se cree, con mucho fundamento, que a fines del siglo XIV, fué usada intensamente, para combatir una epidemia de paludismo que atacó a los ejércitos del Inca Pachacútec. Se cree, así mismo, que la forma de administración fué la del polvo de la corteza macerada en **chicha** (cuyo contenido o grado alcohólico es de 2-5 y a veces hasta 8%),

lo que favorecía la disolución del alcaloide, práctica que se observó y se observa hasta hoy, en ciertas tribus que superviven en el territorio ecuatoriano.

No es el lugar, ni nuestro cometido el hacer aquí, la historia de la Quina, en lo cual se ha invertido mucha tinta y mucho papel, en el mundo entero; solo si diremos que la Quina empezó a conocerse después de 1630 y que la denominación de "**Chinchonas**" (aplicada al género) y la que por extensión o antonomasia, se da ahora a la Quina es, históricamente, injusta y falsa, y que nada tuvo que ver la tal Condesa de Chinchon, ni con el uso, ni con la recomendación, ni con el nombre, como magistralmente acaba de probarlo el Dr. Jaramillo Arango (9) quien demostró con documentos recientes, de primera mano, que ninguna de las dos esposas (Condesas de Chinchon) del Virrey del Perú Fernando de Cabrera: Doña Ana de Osorio y Doña Francisca Henríquez de Rivera, hicieron nada ni por el conocimiento, ni por la aplicación de la corteza de Quina; de donde se deduce que el nombre impuesto por Linneo, es bajo cierto aspecto arbitrario y quizás solo basado en erróneas informaciones pues, desgraciadamente, se han perpetuado hasta hoy en los círculos especializados y en el gran público.

Más bien se podría pensar en la justificación del nombre por el supuesto de que se administró polvos de quina al propio Virrey Conde de Chinchon que, según el Legajo 50 del Archivo General de Indias, de Sevilla, que forma parte del "**Diario Oficial**" del Virrey llevado por su Secretario, dá noticia que: "el 21 de Octubre de 1631 Su Excelencia cae enfermo. . . . ha desarrollado fiebre, por lo cual fué sangrado dos veces". Como muy bien observa Jaramillo Arango, si ya se hubiera conocido la Quina, se habría aprovechado esta oportunidad para acreditarla o desacreditarla definitivamente. Si lo primero, allí hubiera tenido ocasión de justificarse el nombre de "**polvos del Conde**" (no de la Condesa) de **Chinchón**".

(9) —Jaime Jaramillo Arango.—Boletín de la Federación Médica del Ecuador.— Año V.—Nº 38; págs. 2-3.

En cambio la primera cita de la corteza de la quina, asoma en el libro del agustino P. Antonio de la Calancha (10) que al hablar de las excelencias y abundancias de dicha tierra, Perú, dice que: **"los polvos de la corteza del árbol de calenturas, han hecho en Lima, efectos milagrosos"**.

Es imposible creer que el P. Calancha hubiese dejado de consignar en su libro, la curación debida a estos polvos, en los personajes de tanto viso político y social como eran el Virrey o la Virreina Condesa de Chinchón.

Y valga esta oportunidad para reconocer que nosotros también nos habíamos dejado arrastrar por la leyenda —aparentemente documentada— de la Condesa de Chinchón, error que hoy lo rectificamos, al mismo tiempo que aplaudimos y reconocemos el mérito inmenso del doctor Jaramillo Arango, destruyendo con documentos la leyenda tan difundida y aceptada de la Condesa de Chinchón, doña Ana de Osorio, muerta el 8 de Diciembre de 1625; o sea 3 años antes de que el Conde de Chinchón fuera siquiera nombrado Virrey del Perú, o de la segunda esposa del Conde doña Francisca Hernández de Ribera, quien si acompañó a su esposo al Perú y murió en 14 de Enero de 1641, en Cartagena, pero de ella, no se menciona, históricamente, en ningún documento que sufriera de "tercianas" o de "fiebres malignas", ni que fuese curada de ellas con la corteza de quina, lo que hubiese permitido dar, con alguna propiedad y motivo, el nombre de **Chinchona**, a la preciosa planta.

Hemos mencionado ya de paso la Coca, al hablar de la técnica para las trepanaciones. Volvamos a ella con un poco más de detenimiento.

La planta y sus virtudes fueron conocidas por los indios, muchísimo tiempo antes de que llegaran los Conquistadores, y aún el Inca dictó disposiciones penales circunscribiendo la plantación y el uso de la coca.

(10) —Crónica Moralizada de la orden de San Agustín en el Perú (1633) cit. por Jaramillo Arango.

Las plantaciones solo se realizaban en los valles húmedos y profundos de las vertientes de la Cordillera de los Andes, y las cuidaban, a costa de mil penalidades, los **"Coca-camayo"**. El uso (o el abuso mejor dicho) lo prohibió el Inca, y para ello se hizo entrar el elemento religioso, pues se hacían ofrendas de hojas de coca, al Sol y a las **huacas**: aparte de que la leyenda de la planta, la identificaba con una ardiente y hermosa mujer que pervertía a los hombres, por lo cual "la mataron y partieron por medio y de ella había nacido un árbol al cual llamaron **"mama-coca"** o **"coco-mama"** (madre de la coca) y que desde allí la empezaron a comer y que se decían la traían en una bolsa y que ésta no se podía abrir para comerla, sino era después que habían tenido cópula con mujer en memoria de aquella, y que muchas **pallas** (.) ha habido y hay que por esta causa se llamaron "coca" y que esto oyeron decir a sus (ante)-pasados, los cuales contaban esta fábula y decían que era el origen de la dicha coca (11).

Aún hay más con respecto a la coca: la precipitación de la cocaína. Para ello empezaban por calcinar la planta llamada **"chilca"** (Chichilla Baechiri (villei),) cuyas cenizas son muy ricas en potasa; estas cenizas las amasaban con cal y obtenían así una substancia fuertemente alcalina. Entonces masticaban conjuntamente la hoja de coca, con esta pasta denominada **"lipta"** o **"mambi"**, la cual precipitaba la cocaína, que la ingerían con la saliva (si así era necesario), o arrojaban el producto de la masticación, ya alcalinizado, para usarlo en operaciones quirúrgicas, tales como la orificación de los dientes, las trepanaciones, etc. En algunas tribus se acostumbraba recojer los desechos de las masticaciones, para ofrendarlos a las **"huacas"**.

Y veamos otro don inestimables de América, a la Farmacopea universal; la Ipecacuana (Ipecacuana estriada). Esta planta bastante difundida en América, abunda en el Ecuador y fué conocida y usada por los primitivos habitantes de este País y los **"amautas"** del incario ya la administraban como emético, como espec-

(11)—Informaciones de Francisco Toledo.—Medina-Lima. Tomo III.

torante y, según cree Arcos, también para combatir las hemorroides.

La ipecacuana, en efecto, se la encuentra en las zonas semi-tropicales y húmedas de este País, y no solo en las selvas orientales, como se había creído. Hemos conocido y trabajado con muestras procedentes de las montañas de Nanegal, Gualea y Mindo Tandapi. Hay pues, para cree que, el conocimiento y uso de esta preciosa planta, no pasó desapercibido al habitante de la altiplanicie andina.

Con respecto al tabaco, a pesar de no haber encontrado documentos que prueben los usos que de él hacían los aborígenes ecuatorianos, es indudable que lo conocieron, ya que una de las más importantes variedades la denominaban con el nombre de "saire" y que, como dijimos antes corresponde a la **Nicotiana paniculata**.L.

No es difícil que la forma de usar esa planta fué similar a la que encontraron los españoles en las islas del Mar Caribe: la de fumar, pero que la convertían en medicinal, variando las formas de aspiración, cantidad de humo y recinto en donde sometían al enfermo al tratamiento tabáquico.

Solamente Garcilaso de la Vega, cita el uso del tabaco como rapé para despejar la cabeza, pero se hace eco de la admiración que despertó en los españoles la planta, a la que tantas virtudes le atribuían, hasta el extremo de llamarla "Hierba Santa".

El famoso médico español Monardes, enviado por el propio Rey de España para que les informara de las cosas y costumbres del Nuevo Mundo, fué un propagandista ferviente del tabaco, al cual le atribuía múltiples virtudes, como antineurálgico, antirreumático, antiasmático, parasiticida, cicatrizante, y hasta como comida y bebida.

Autores contemporáneos de Monardes, se volvieron a costa de poco también panegiristas del tabaco, y cada uno parecía que se empeñaba en encontrar nuevas virtudes. Pero como hace observar Folch Andreu, después de esa boga, vino la época de mirar las tales virtudes con mas serenidad y después con maduro ex-

men, al extremo que, pocos años más tarde, saltaron a la arena de las discusiones otros autores que dejaron en mal predicamento la propaganda anterior. (12).

Sin embargo, el tabaco siguió figurando después de varios siglos, en las Farmacopeas europeas que eran y son seguidas todavía en América; en países que como el Ecuador, no tiene la propia), como en la española de 1884 y hasta la de 1905, con sus dos reimpressiones de 1915 y 1925 (13).

Tampoco el maíz, el alimento y cereal predilecto del Inca, dejó de incorporarse al arsenal terapéutico aborígen y permanece aún gallardamente en la Farmacopea.

A más de ser alimento rico y substancioso, de dar origen, por fermentación a la "chicha", la bebida exquisita y aplacadora de la sed, los estigmas de la planta, bebidos en infusión de agua, o a veces de la misma "**chicha**", eran —y son— un diurético poderoso y eficaz.

Aun más: según testimonio de Acosta (14), los indios tomaban para las enfermedades génito-uritarias, una chicha especial fabricada con maíz tostado y "en efecto se halla que para riñones y orina es muy saludable bebida; por donde apenas se halla en indios semejante mal".

La fabricación de ciertos tipos de "**chicha**", se hacía mediante un ritual y un cuidado especiales. Así, por ejemplo, la destinada a ceremonias religiosas, o al consumo del Emperador, la fabricaban mujeres y muchachas del palacio, a quienes se les obligaba, durante los días que duraba el trabajo de la masticación del maíz que ulteriormente fermentaría, "a abstenerse de consumir sal y ají en las comidas, y de todo contacto sexual".

No podremos interpretar esto como un rudimentario e inductivo conocimiento de las cualidades bactericidas o antidiastásicas de la sal y el ají? No habrán

(12)—El Tabaco en la Historia y en la actualidad.—R. Folch Andreu.—Madrid 1950.

(13)—Ibid. Ibid. Ibid.

(14)—Joseph de Acosta.—Historia Natural y Moral de las Indias.—Madrid 1608.

ellos observado que, el contacto sexual producía alguna alteración —por vía hormonal o refleja— del poder diastásico de la saliva, o disminución de la cantidad secretada de este jugo?

Y no olvidemos, además que, el maíz aparte de sus propiedades curativas naturales y propias, era usado en la medicina mágica, a la cual eran tan afectos los Incas. El empleo del maíz, en estos casos, como lo refiere el Padre Cobo, era ya sea bajo la forma de harinas o de granos de diferentes colores, según el caso. Una de las formas mas usadas era la de harina revuelta con agua, con la cual lavaban el cuerpo del enfermo, a guisa de limpieza previa, antes de empezar el tratamiento mágico. . . . En otras veces y en casos de enfermedades graves, "los hechiceros ponían al enfermo en un cuarto o aposento secreto que primero preparaban de esta manera: limpiábanlo muy bien y para purificarlo, tomaban en las manos maíz negro y traíanlo refregando con él paredes y suelo, soplando a todas partes mientras ésto hacían y luego quemaban el maíz en el mismo aposento,, y tomando luego maíz blanco, hacían lo mismo, y después asperjeaban todo el aposento con agua revuelta con maíz, y de esta suerte lo purificaban limpio, pues, y purificado así, echaban al enfermo de espalda dél. . . ."

De paso hablemos de otra planta que, a mas de ser alimento, era también usada como remedio y como cosmético: la "**Quinoa**" o "**Quinoa**" (*Chenopodium quinoa*).

En efecto; a más de que con su harina, los aborígenes obtenían un pan exquisito y de gran duración (que es lástima no hayamos perpetuado su uso) (15): el agua procedente del lavado previo del grano, la empleaban como vomitivo y contraveneno; machacadas las semillas y formando una pasta, con grasas animales, la empleaban como cataplasma, en las fracturas y luxaciones, uso que hasta hoy se observa entre los campesinos.

(15)—En 1937, propusimos al Ministerio de Previsión Social del Ecuador, la fabricación de un **pan mixto**", a base de harina de quinoa, maíz y trigo. Nuestros empeños quedaron burlados por la incómprensión y los intereses particulares.

nos. La quinua la reputaban como un magnífico excitante de la secreción láctea, por lo cual las mujeres aborígenes después del parto, comían mucha quinua que, desde luego de muy fácil digestión y rica en elementos nutritivos (prótidos sobre todo y fosfatos) era adaptable a la dieta; y en fin el agua del lavado de la quinua —especialmente de la variedad llamada "quinua amarga"— se aplicaba a la cara para obtener tersura del cutis, lo cual hasta hoy se practica, con excelentes resultados.

Ha sido necesario que pasen varios siglos, para que empiece a justificarse estas cualidades polivalentes de la quinua; pues solo es de pocos años, que el químico alemán Generman, ha aislado de la saponina que disuelve el agua de lavado de la quinua, dos principios activos: la **quineína** y el **ácido quinoico**, que se emplean hoy como resolutivos, depurativos y estimulantes.

El nuevo Mundo entregó —no sabemos si por mal o por bien— el tabaco (*Nicotiana tabacum*) cuyas propiedades fueron conocidas, no solo por los aborígenes de las Islas del Caribe y de la América Central, sino por los de otras comarcas de América. Y por lo que se refiere a nuestro país o mejor dicho al Imperio del Tahuantinsuyo, el tabaco creemos que por lo menos se lo usó como medicamento, aunque no haya tenido la misión de servir como vicio y placer (?). El Inca Garcilaso al mencionar el "saire", lo hace como una droga igual al rapé, que despejaba la cabeza; y las antiguas crónicas refieren el uso del tabaco, como parasiticida y para combatir las picaduras de los mosquitos, para el asma mezclado con hoja de **Chamico** (*Datura tatula*), en lo cual no anduvieron desacertados, a causa de la presencia, en esta última planta, de los alcaloides del grupo de la atropina; las infusiones de hojas y flores de tabaco tomadas, servían de fuertes vomitivos y purgantes, a causa de la acción de la nicotina, cuyo poder, a veces, lo reforzaban con ají.

Nosotros si creemos que el tabaco o "saire" que ya hemos mencionado y que justamente corresponde al **N. paniculata**, conocido y cultivado en el Brasil, se conoció también en nuestro país; pues habiéndolo conoci-

do y usado las tribus amazónicas del Brasil; y habiendo pruebas evidentes de que, una de las más fuertes e influyentes migraciones vino de la cuenca amazónica, hay para relacionar el conocimiento y uso del tabaco, no avanzó hasta las tierras del oeste del Continente sudamericano; pues si bien los escritores antiguos, no pueden mencionar la costumbre de fumar el tabaco en el Perú (y territorios anexos), no puede afirmarse que del todo no se conoció la planta o algún uso de ella, y ya vemos como antiguas crónicas relatan muchos usos de la planta.

Queda aún por mencionar el famoso "**matecliu**", que según las informaciones del Inca Garcilaso, era la panacea infalibles para todas las enfermedades de la vista, aún las más graves. Es lástima que esta planta no se la haya podido identificar, y no se sabe a cual correspondería en nuestro actual sistema botánico.

Y avanzando un paso más en el terreno de la fisioterapia de los aborígenes, ya conocieron y practicaron los baños de vapor y del calor húmedo, lo mismo que la acción violenta del frío aplicado al cuerpo o a partes del cuerpo humano.

Es así como aplicaban los "**sudatorios**" a las enfermedades de la piel, a las fiebres (inclusive a la puerperal), y hasta para reanimar a los mordidos por las víboras.

Para aplicar este método, tenían construídos unos cuartos subterráneos que ellos llamaban "**tezmacallis**", hechos de adobes de 6-8 pies de dimensión y que se comunicaban con un horno donde se producía calor por combustión de leña, o a veces de hierbas aromáticas. Se encerraba al enfermo en el cuarto, y cuando la temperatura en el horno era la deseada, se abría la comunicación, recibiendo así, el aire caliente, el enfermo; si se necesitaba el calor húmedo, se lo obtenía echando agua sobre ladrillos caldeados dentro del mismo cuarto.

Arcos en su Historia de la Medicina dice: "Es digna de mención la manera de curar ciertas clases de fiebre, se le provocara al paciente mucha sed y pudiera ingerir cantidades fabulosas de **chicha**, lo que le oca-

sionaba abundante diuresis y una crisis violenta de vida o muerte”.

Una práctica análoga y que persistió hasta hace unos sesenta años, nos ha relatado una persona de abonado crédito y que vió practicar repetidas veces, en las cercanías de la ciudad de Latacunga, en donde existía un célebre curandero llamado Robayo, que curaba muchas enfermedades y especialmente las fiebres. Para este último caso, envolvía al paciente en la piel de una oveja (negra de preferencia) recién sacrificada, poniendo en contacto el cuerpo desnudo del enfermo con la parte interior y fría y húmeda de la piel del animal.

Así mismo, tenía un tratamiento que decía nunca fallaba para el tratamiento de las neuralgias, y consistía en matar una gallina: extraerla todas las vísceras, y el cuerpo así vacío del ave, lo encasquetaba, a manera de gorro, en la cabeza del enfermo. No garantizamos el resultado: pero si el aspecto archi-cómico, que tendría el pobre enfermo con tan peregrino tocado.

Y conste que esto sucedía en los últimos años del siglo XIX y primeros del XX, y que el tal Robayo, era tan afamado, que sus servicios se solicitaban hasta de Quito, y antes de que se empezara a conocer la técnica quirúrgica oftalmológica, este mestizo, operaba tranquilamente, de cataratas, con un simple cortaplumas, y lo que es más admirable, siempre tuvo éxito.

Por lo demás, no queda sino lamentarse de que los secretos de esa Farmacopea aborigen, se hubiesen perdido, en la vorágine política, social y económica, que significó para el Incario, la Conquista y que quienes la efectuaron, por una fatal ley biológica solo pensarán, en los primeros tiempos, en matar y defenderse, que en curarse, ni aprender, y que solo, poco a poco acuciados por la necesidad, tuvieron que recurrir a los **“Amautas”** o **“churi”** sobrantes, para que los atendieran —con recelo y todo— en sus enfermedades y en sus heridas.

Como vestigios de ese inmenso tesoro de observación y experiencia, quedan todavía el conocimiento y uso de muchas plantas, cuyas virtudes esperan la comprobación científica y que podrían ser incorporadas al conocimiento universal. Como una muestra citaremos

unas pocas cuya enunciación, puede despertar grandísimo interés, en otros Países.

De la obra de Luis Cordero, principalmente extractamos los siguientes datos, que esperamos sean no solo de satisfacción de curiosidad, sino de interés y provecho (16).

El "cubilán" (*Senecia vaccinoïdes*.—Wedd) es un arbusto de los pajonales y cuyas virtudes se preconizan como odontálgico, vulnerario y antisifilítico. Esta fama es antiquísima, en muchas comarcas ecuatorianas. La "taruga-secha" (*Halenia esclepiadea*.—Griseb?).— Es una planta que crece en las alturas. Los indios usan sus hojas y flores machacadas, para calmar el dolor de muelas.

El más antiguo historiador ecuatoriano, el P. Juan de Velasco (17) menciona con especial énfasis, el famoso "**cuy-chunzhulli**" con el cual se curó de elefancia el "jesuíta lego". Es probable que se trate de una cuscuta, quizás aquella finísima que suele enredarse en el árbol llamada "cursi-sisa". (*Hodvatis cricoides*) que crece en los declives de las colinas de la provincia del Azuay.

Con igual nombre de "cuy-chunzhulli" aunque de género y especie muy diferente, y que corresponde al *Stachis elliptica* H. B. K., se usa como gran estimulante del sistema nervioso y tónico de acción rápida.

Goza de fama de poderoso emenagogo la "**Ingarosa**" (*Lantana rugifolia* H. B. K.) que es un arbusto de las localidades secas y climas templados, con flores rosadas muy bonitas, pero de olor fétido.

De fama y uso multiseccular es el llamado "**Allcujambi**" (veneno de perro) que corresponde al *Solanum enteromodeum* H. B. K. y cuyas bayas o bellotas son efectivamente un tósigo formidable para los perros, cuando machacadas, se las mezcla con suero de leche o alguna otra golosina que provoque engullir al animal.

(16).—Enumeración botánica de las principales plantas, indígenas o acclimatadas que se dan en las Provincias de Azuay y Cañar.—Cuenca 1911.

(17).—Historia General del Reino de Quito.

La yerba llamada "**guis-guis**" (*Alansoa caulaliata* R. et B.), tiene antigua fama, como antiasmática y parece que fué usada por los aborígenes con el mismo objeto.

Se conocen entre los indios y campesinos de las comarcas del Sur del Ecuador, dos especies del Género *Epidendrum*, cuyas virtudes como curativas y resolutivas de los abcesos hepáticos, viene de muy antiguo, lo que permite creer que formaron parte de la farmacopea aborígen, anterior a la llegada de los españoles. Nos referimos a las plantas llamadas "**urcupamui**" e "**inguil**" o flor de Cristo. El nombre autóctono significa "flor por excelencia", quizás debido a los resultados que se obtienen, cuando sus flores machacadas se aplican, como emplasto, mezclándolas con el zumo del tallo, a los abcesos hepáticos. De la misma manera, dicen ser muy eficaz, para la misma enfermedad, el jugo tomado de los bulbos o cebollas del "**urcu-paqui**".

Y como una de las curiosidades más interesantes que constituyen todavía un rezago de la medicina aborígen, hemos de mencionar el árbol llamado "cucharillas". (*Embotrium grandiflorum*.—Lam); árbol de mediana corpulencia, muy común en las faldas sub-andinas; los indios lo llaman "**gañal**" o "**galuay**" y los campesinos "cucharillas", aludiendo a la forma de las cápsulas leñosas en que maduran las semillas. Las cápsulas, cuando tiernas, y carnosas todavía, gozan de gran reputación para curar las hernias, contrayendo la distensión del peritóneo. Al efecto muelen las cápsulas inmaduras, mezcladas con flores de *Alstroemeria caldasi* H. B. K.; añaden a la mezcla que resulta algo de aquel carbonato de cal que los campesinos llaman "**licamanche**" (18) forman con todo una cataplasma: lo adhieren fuertemente a la parte afectada, conservándola así por largos días, perfectamente asegurado con un braguero; lo mudan una o varias veces, según el éxito, y aseguran que este es definitivamente satisfactorio.

No terminaremos esta primera parte que es un simple y rápido esbozo de la medicina y farmacia pre-

(18)—Es s el cálcir o carbonato de cal bruto.

hispanica, sin hacer notar también la reminiscencia y puntos de contacto de la zoo-terapia (natural o sobrenatural) que se practicó entre los indios, y la que se ha practicado en muchísimos, o mejor dicho en todos los pueblos del Mundo, y que empezando por el culto místico de animales o aves, se va hasta el uso de partes de esos mismos animales o aves, como aún se hace, en muchos lugares de la misma Europa y en otros tantos de América contemporánea.

Así vemos que, no solo en los siglos X—XVIII, en Alemania, Austria, Suiza, Francia e Italia, se tenía en gran predicamento las "**lágrimas**" y el "**asta de ciervo**", el hígado de zorro, la lana quemada de la cabeza del carnero, los sesos de aves de rapiña y de ardilla, etc., etc., para la curación (real o ficticia) de muchas y variadas dolencias; así mismo en América, los primitivos médicos, aplicaban partes o secreciones de animales o aves de la rica y exótica fauna del Nuevo Mundo. Persiste, por ejemplo, hasta hoy día, en este País, la práctica de restregar el cuerpo de un enfermo de fiebre, pulmonía o "**pasmo**", tétanos), etc., con un cobayo o cuy vivo, el cual, según la creencia popular "**se chupa**" la enfermedad; otras veces se atan partes de aves (o animales) como amuletos o profilácticos, para ciertas enfermedades: Una de las prácticas muy difundidas todavía hoy, entre los campesinos, es la de atar cresta de gallo, al cuello de los niños enfermos de "espanto".

La manteca o grasa de culebra, fué de los medicamentos usados, con mucha frecuencia, por los médicos aborígenes, lo mismo que la de oso, y que se transmitió hasta épocas muy recientes.

Lo dicho nos revela los puntos de contacto universales de la Medicina y Farmacia aborígen, con los comienzos (y numerosas supervivencias) de la Medicina Universal contemporánea, que con criterio selectivo, ha ido poco a poco, eliminando lo que hubo de absurdo e inútil, o simplemente fantástico, para dejar paso a lo realmente científico y bueno, como se está demostrando con la hormonoterapia, una de cuyas últimas adquisiciones es el valor del hígado crudo, como fuente de la vitamina B₁₂ o vita-roja.